Estacionado en el baldío, con más desasosiego que temor, vio salir a las 4: 37 am a Everardo Lucrecio Carreto, hijo de Múzquiz Coahuila, de profesión jardinero y antes estudiante truncado de computación. Salió a buscar un taxi y encontró la muerte premeditada, pagada con cinco mil dólares, de los cuales al trapero le tocó la mitad y al sicario la otra mitad, quien aceptó porque tenía balas, cuete y la certeza de que en México nadie investiga la muerte de un don nadie. El ex jardinero al caer abatido vio la madrugada que se le venía como mortaja y acaso, ni él mismo supo qué hubo en el fondo de su corazón, si capricho, si necesidad de afecto, si putero de burradas o si el confuso y asesino amor marcó su suerte.

A las cinco de la mañana, don Ezequiel estacionó su vehículo bloqueando el Acura de Camelia. El rocío del alba vestía un jardín.

Didáctica para idiotas es un libro raro que traspone las fronteras de la ficción y la reflexión; o mejor, es un libro donde confluyen el pensamiento crítico y la recreación al mismo tiempo. Con un lenguaje desenfadado y cargado de ironía, Gabriel Santander recupera su conocimiento sociológico y su amor a la ciudad para entregarnos textos en los que la cotidianidad recupera su sentido de asombro y es mordazmente desnudada o por lo menos exhibida desde distintas aristas .

El reportaje cultural, en suma, es literatura que aspira a la imperfección. Nos impresiona porque a través de él podemos ver las entrañas del que escribe: por ello, podemos desentrañar la oscuridad de la filosofía, la levedad del poema, nuestra inasible suspicacia. Agradezcamos, pues, el entrañable oficio de Gabriel Santander, su desusada estirpe de unos pocos y pocas más. ¿Qué más hará Gabriel? No sé si él mismo lo sepa. Atengámonos a los hechos. El material reunido en este libro nos obliga a pedirle más. Pero ya se sabe que las y los lectores son egoístas: siempre andan a la búsqueda de su propia satisfacción. (Carlos García-Tort)